

*Luz: es algo inventado por el hombre
para no vernos en la oscuridad.*

Leidy Johana Soto, 9 años
Selección de Javier Naranjo
Casa de las Estrellas, 2013

Preguntas a nuestros invisibles

¿Por qué continuar haciendo visibles las reflexiones y las investigaciones sobre niñez y juventud que realizamos en nuestros centros académicos y de investigación?, ¿qué buscamos con ello?, ¿las clásicas discusiones entre lo ideal o lo material, lo natural y lo cultural, lo objetivo y lo subjetivo continúan trazando las respuestas a estas inquietudes?

Concebí el inicio de esta editorial a partir de las anteriores preguntas que se resuelven, posiblemente, en los procesos reflexivos que acompañan nuestros actos de producción de conocimiento o, tal vez, en los marcos teóricos y éticos que autoras y autores usamos en diversos procesos que acompañan nuestras investigaciones y reflexiones. Sin embargo, estas preguntas las formulo con la intención de motivar el diálogo; dando un giro en su análisis y encadenando nuestros intereses particulares con el uso de las “ideologías de la infancia y la juventud”, tan usadas en el entramado institucional en que nos encontramos y que derivan en una pregunta más sencilla, pero atrevida en su generalidad: ¿Qué buscan nuestras instituciones modernas con la producción de conocimiento sobre niñez y juventud —producción que, por demás, tiene una tendencia hacia la abundancia?

Planteo esta pregunta solo para conducir mi reflexión expresando la necesidad de producir conocimiento que exteriorice la articulación entre las preocupaciones de nuestras instituciones, con lo que acontece, pero está invisible en lo local, incluso, en aquel tipo de conocimiento que se pretende

universal; porque el lugar, el sitio y lo local son ineludibles del conocimiento sobre la niñez y la juventud.

Las categorías de niñez y juventud, construidas en el lenguaje moderno para orientar la constitución normada de dos estadios de sujetos, están atadas al devenir de las pugnas locales sobre la “población” en las que se ensalzan los proyectos políticos y económicos de nuestros territorios. La población es ese gran tablero en el que se trazan las maniobras actuales de supervivencia; una de ellas, aprendidas en el uso de lo que llamamos globalización, consiste en encubrir las marcas de clase social, raza y género que ha tejido la historia local.

Parte de ese encubrimiento se hace atizando la llama de la ilusión de la transformación de lo que se exhibe como un presente caótico, y qué mejor alegoría para esta ilusión que la que encarna el romanticismo por lo cercano a la *naturaleza* de lo niño y la *fuerza en potencia* de lo joven. Lo destellante de esta ilusión se instala en el alma de nuestro conocimiento, inculca la persistencia por cambiar, en producir estrategias que conmuten las prácticas de las instituciones que habitan niños, niñas y jóvenes; en despintar las marcas de la raza; en comportar sujetos hacia una clase promedio globalizada; en la asertividad de los usos de los estatutos jurídico, tecnológico y político que rigen las relaciones actuales, y en constituir subjetividades con los discursos de género más usados por la heterosexualidad.

Y es lícito sostenerse en ilusiones. Somos generaciones hechas de ellas: democracia, paz, desarrollo, sostenibilidad, igualdad. Nos convoca su incesante búsqueda como horizonte de sentido. Y, por ello, ahora sumo a esta ilusión, quebrar, fisurar las formas dominantes de narración de nuestras historias locales cuando pensamos, hacemos y conocemos con y sobre niñez y juventud. Cuando participamos en la producción de estas fisuras, en la producción de conocimiento, un síntoma es un giro sutil, pero indefectible en las preguntas que nos hacemos, y que también nos hacen como investigadores.

El otro síntoma es que la luz de la ilusión baja su destello y podemos ver su proveniencia. Esta es una manera de decir que la genealogía de la forma como hemos construido nuestras instituciones es más visible cuando nuestras preguntas de investigación y reflexión están en lo local, y nuestros discursos

sos encuentran sus huellas, sorprendentemente, menos en el centro que está cruzando el mar y más en las periferias del sur que somos.

Solo uno de los retos, para mí, conmovedor, que logra la articulación entre niñez, juventud y lugar propio, que he llamado lo local, es la imperiosa necesidad de deshacer las arenas movedizas que produce los efectos de verdad con que se han construido las nociones modernas de infancia y juventud: carencia, inestabilidad, no conocimiento, sin voz, sin moral, sin razón, inocencia y una vasta lista de similares, que pesan tanto en nuestra mirada como la cortina que oculta los sujetos que pretenden encarnar estas categorías.

Finalizo con la siguiente reflexión: “ahora estamos sumergidos en el pensamiento de la epistemología del norte, y estamos tan acostumbrados al universalismo y a las teorías generales que necesitamos, sobre todo, una teoría general sobre la imposibilidad de una teoría general. Eso es casi como hablar de un universalismo negativo, para mostrar que nadie tiene todas las recetas, única y exclusivamente, para resolver los problemas del mundo”. La anterior cita fue tomada del maestro Boaventura de Sousa Santos, en su ponencia titulada *Introducción: las epistemologías del sur, ofrecida en el IV training seminar*, del Foro de Jóvenes Investigadores en Dinámicas Interculturales (FJIDI), del Centro de Estudios y Documentación Internacionales de Barcelona (Cidob), celebrado en Barcelona entre el 26 y el 28 de enero de 2011, y publicada en el libro *Formas-otras saber, nombrar, narrar, hacer*, publicado por Cidob Ediciones el mismo año.

Clara Inés Carreño Manosalva
cicarreno@unisalle.edu.co